

lucionarias de Paris; que se anulen las medidas que hace tres dias se han acordado, y que se declare fuera de la ley á cuantos ejercen una autoridad ilegítima." Apenas hubo terminado, cuando se presentó una comision de los sediciosos, solicitando la prision del miembro que acababa de hablar y la de los demas girondinos. El lenguaje en que se espresaron, era lacónico y terminante. "Los ciudadanos de Paris, dijeron, han estado por espacio de cuatro dias sobre las armas; por espacio de cuatro dias han estado pidiendo á sus mandatarios la reparacion de sus derechos que tan escandalosamente han sido violados, y en estos cuatro dias nada han hecho sus mandatarios para satisfacerles. Los conspiradores deben ser inmediatamente aprehendidos; debéis inmediatamente salvar al pueblo, ó el pueblo proveerá á su seguridad por sí propio." "Salvad al pueblo, esclamaron los jacobinos, salvad á vuestros colegas, accediendo á que provisionalmente se les arreste." Barrere y los miembros del partido neutral, instaron á los diputados proscritos á que tuviesen la generosidad de hacer renuncia de sus puestos en obsequio de la tranquilidad pública. Isnard, Lanthenas y varios otros se prestaron á esta peticion, pero negóse á ello terminantemente Lanjuinais. "Hasta aquí, dijo, he hecho ver que no carezco de entereza, y no habrá de faltarme en el último trance; no espereis, pues, de mí suspension ni renuncia." Habiéndole interrumpido con palabras vehementes la izquierda, añadió: "Cuando los antiguos

preparaban para el sacrificio una víctima, adornábanla con guirnaldas de flores al conducirla al ara; inmolábala el sacerdote, y no la dirigia insultos ni injurias; pero vosotros, mas crueles que aquellos, ultrajais á víctimas que no hacen el menor esfuerzo por libertarse del sacrificio." "He jurado morir en mi puesto, dijo Barbaroux, y cumpliré con mi juramento. Inclinaos, si os place, ante la municipalidad, vosotros que os habeis negado á imponer un freno á la perversidad de sus miembros, ó mas bien, imitad el ejemplo que os presentamos nosotros cuyo pronto esterminio le hace pedir su furia; sosteneos y arros-trad su encono. Podreisme hacer perecer á los golpes de sus puñales, pero no me hareis prosternar á sus pies [1].

Entretanto que reinaba la mayor agitacion en la asamblea y se hallaba alternativamente dominada por el terror y la admiracion, Laeroix, uno de los íntimos amigos de Danton, entró despavorido á la Cámara diciendo que se le habia detenido á la puerta, y que los miembros de la asamblea se hallaban encarcelados dentro de su recinto. Entonces la causa de la sedicion hubo de quedar completamente descubierta; no eran Danton ni la Montaña los que la dirigian, sino Robespierre Marat y el cabildo. "Preciso es," dijo Danton, "que inmediatamente vengüemos ese ultraje que á la representacion nacional se infiere; mar-

(1) Mig. I, 270, 271. Lac. II, 72, 73. Toul. III, 430, 434. Th. IV, 264, 265.

chemos y aterremos á los sediciosos con la magestad del cuerpo legislativo." En efecto, con su presidente á la cabeza encaminose la Convencion, con aspecto triste, hácia la puerta principal que caia al palacio del Carrousel donde se encontraron con Henriot á caballo, con espada en mano y al frente de los mas entusiastas batallones de los suburbios. "¿Qué es lo que pide el pueblo?" preguntó el presidente

Las cuadrillas de hombres armados repelen á la Convencion.

Herault de Sechelles; "la convencion no se ocupa sino de procurarle su bienestar." "Herault," contestó Henriot "no se engaña al pueblo con buenas palabras; pide que sean entregados los 24 diputados culpables." "Mas bien pide que nos entreguemos todos," exclamaron los representantes que rodeaban al presidente "¡Artilleros! grito Henriot, ¡a vuestras piezas!" Abocáronse dos cañones cargados á metralla sobre el cuerpo legislativo, que maquinalmente retrocedió, y que despues de haber procurado en vano escarpase por las otras puertas del jardin, se volvió aterrado á la Cámara. Siguióle Marat capitaneando á una cuadrilla de malhechores. "Os mando, dijo dirigiendose á la asamblea, en el nombre del pueblo, que vengais á ocupar vuestros asientos, de libereis y obedezcais [1]."

Quando hubieron ocupado sus asientos los miembros, tomó la palabra Cout-hon. "Ya os ha convencido la evidencia, dijo, de que la Convencion

(1) Lac. II, 76, 77. Mign., I, 268, 272. Th., IV, 268, 270.

se encuentra en una libertad completa; la indignacion del pueblo solo pesa sobre algunos miembros indignos; el pueblo nos tributa sus homenajes y su afecto; obremos pues con arreglo á nuestra conciencia y segun sus deseos. Propongo que Lanjuinais, Vergniaud, Sillery, Gensonné, Le Hardi, Guadet, Petion, Brissot, Boileau, Birotteau, Valazé, Gomaise, Bertrand, Gardieu, Keverlegan, Mellevant, Bergoien, Barbaroux, Ledon, Buzot, Lasource, Rabaut, Salles, Chambon, Gorsas, Grangeneuve, Le Sage, Vigie, Louvet y Henri Lariviere, sean inmediatamente prendidos." La Convencion acordó este decreto con el puñal á la garganta, habiendo habido una gran parte de sus miembros, que tuvo la entereza de protestar contra aquella violencia y de negarse á prestar su voto. Esta medida por medio de la cual se labraba la Convencion su propia ruina, se aprobó por solo la Montaña y unos cuantos de sus adictos, pues una considerable mayoria no quiso tomar ningun participio en ella. La muchedumbre arrojó tumultuosos gritos y dispersóse; su victoria habia sido completa; la municipalidad de Paris acababa de destruir á la representacion nacional [1].

En aquel dia se terminó la carrera política de los girondinos; desde entonces quedaron en la esfera de simples individuos, y no llamaron la atencion sino por la entereza que ostentaron durante la adversidad y en los momentos de su muerte. Su lucha con los jacobinos fué una prolongada contienda entre las dos clases que

(1) Mig., I, 272, 273. Lac. II, 78, 79. Th. II, 272.

ordinariamente se suceden en el poder durante las revoluciones.

El partido temerario y debil, pero ilustrado y generoso, que creyó que imperaba la razon en las asambleas populares, pereció por haber querido poner dique al torrente que desenfrenara, vengar las matanzas de Setiembre, impedir la decapitacion del rey, y oponerse á la institucion del tribunal revolucionario y la de la junta de Seguridad pública. Perecieron cuando se agitaron pasiones mas vehementes que las suyas, cuando comenzaron á amenazar al pais peligros de la mayor cuantía, cuando llegó la epoca en que se reputase á la moderacion por un crimen. Donde entonces, puesto que toda formula legal fué hollada, y sofocada toda queja contra la violencia con la prision de los girondinos, marchó el despotismo democrático sin obstáculo alguno por la carrera que comenzara, y egerció una irresistible soberania la terrible dictadura que formaban la junta de Seguridad pública y el tribunal revolucionario. [1]

Al principio redújose á sus propias casas la prision que se impuso á los miembros proscritos. Muchos hubo entre ellos, que tuvieron el medio de emprender la fuga antes que se espidiese la orden para que se les encarcelase. Barbaroux, Petion, Henri Lariviere, se trasladaron á Caen, ciudad de Normandia, donde se hi-

Muchos de los girondinos se escapán á las provincias.

(1) Th. IV, 275, 276.

zo una debil tentativa de resistencia contra la autoridad que la plebe de Paris usurpara, oposicion que cedió desde luego á los esfuerzos que impendieron los emisarios jacobinos. Louvet se fugó á Burdeos, y posteriormente anduvo errante por los bosques y cavernas del Jura, donde ocupó sus horas solitarias en componer las bien escritas memorias de su vida. Vergniaud, Guadet, Brissot y los demas caudillos del partido, fueron á poco encarcelados, y despues de haber sufrido un penoso encierro, fueron conducidos al cadalso. (1)

Su juicio y sentencia se efectuaron en el mes de Octubre, ante el tribunal revolucionario.

La Convencion espidió un decreto mandando que se les procesase; la acusacion que contra ellos se dirigia, era general á todos; pero en ella habia cargos especiales que solo afectaban á 5 ó 6 de los acusados. Insistieron en que se les dejase egercer el derecho que tenian á defenderse separadamente, pero los jacobinos, la junta de Seguridad pública y la Convencion, vieron en este empeño una incontestable evidencia de una nueva conspiracion. Para evitar el su-

Octubre 29.

puesto peligro y precaverse del efecto que podia producir la notoria elocuencia de los acusados, por medio de la cual habian logrado ya conmover á sus oyentes, el tribunal revolucionario, despues de haber continuado por algunos dias el proceso, obtuvo de la Convencion

(1) Mig. II, 293.

un decreto por el cual se le autorizaba á dar por convictos á los acusados y á fallar contra ellos tan luego como quedase persuadido del delito de que eran culpados, *ora se hubiesen, ó no se hubiesen oido sus descargos.* (1)

Los fundamentos en que se apoyaba la acusacion, eran de lo mas despreciable. Chaumette hizo una relacion de las luchas que habia sostenido contra la municipalidad el lado derecho, sin agregar á esto un solo dato que pudiese acriminar á los acusados; el malvado Hebert refirió los pormenores de la prision que le impusiera el tribunal de los Doce, y alegó que Roland habia procurado corromper á los escritores públicos, pues se habia ofrecido á fomentar su obsceno periódico titulado *Le Pere Duchesne*, y Destournelle declaró que los acusados habian hecho los posibles esfuerzos por esterminar el cabildo, que habian manifestado disgusto por las matanzas que se habian cometido en las cárceles, y trabajado con empeño para instituir una guardia departamental. Chabot fué el mas vehemente de los testigos que se presentaron á deponer contra ellos; atribuyóles haber observado durante toda la revolucion, una política maquiavélica, haber procurado cuanto habia sido dable, convertirlo todo en provecho propio, y aun haber permitido las matanzas cometidas en Setiembre con el intento de que sucumbiesen entre las demas víctimas algunos de sus enemigos. [2]

(1) Toul. IV, 114. Th. IV, 389. Mig. II, 293. Lac. II, 78, 79. Lonv. p. 1.

(2) Th. V, 384.

Nueve dias duró el proceso. Al cabo de este tiempo declaróse convencido el jurado, habiendo sido inútiles toda la elocuencia de Vergniaud, toda la vehemencia de Brissot. El tribunal leyó entonces á los acusados el decreto de la Convencion, en que se le autorizaba á *corrar* la causa tan luego como el yuri se considerase suficientemente convencido; de lo cual dedujeron que ya de antemano se tenia decidida su suerte, y que se les iba á sentenciar sin haber oido sus descargos. Pusieronse todos en pie; y con exclamaciones en que espresaban su indignacion, ahogaron la voz del presidente del tribunal, que les leia el fallo. Valazé se dió una puñalada y cayó muerto en presencia de los jueces, quienes inmediatamente mandaron que se trasportase en una carreta su cadáver al lugar del suplicio, y fuese decapitado en union de los demas presos. La Source exclamó, "Voy á morir en un tiempo en que el pueblo ha perdido el juicio, pero vosotros morireis, tan luego como lo recobre." Los demas presos se dieron mutuos abrazos y gritaron "¡Vive la Republique!" Los concurrentes á esta escena, apesar de componerse en su mayoria, de los asesinos del 2 de Setiembre, vertieron abundantes lágrimas. [1]

Los amigos de Vergniaud, en extremo inquietos de su suerte, le habian provisto de un activo tésigo; empero rehusóse á emplearlo, por acompañar

Muerte heroica de los girondinos.

(1) Toul. 114. Lac. II, 99. Mig. II, 294. T. V, 389, 390, 391,

al cadalso á sus compañeros. Su elocuencia, que se exhalara la noche antes de su ejecucion, sobre la moribunda libertad de la Francia, en torrentes de un esplendor inimitable, tuvo arrobados hasta á los tristes habitantes de su cárcel. El 31 de Octubre fueron conducidos al patíbulo estos ilustres presos, y caminaron á él juntos con paso firme, y cantando la canción revolucionaria que se aplicaron á sí propios haciendo una leve variacion en la otra:

“Allons enfans de la patrie,
Le jour de gloire est arrivé;
Contre nous de la tyrannie,
Le couteau sanglant est levé.”

¡Marchemos, hijos de la patria! el día
De gloria es llegado,
Contra nosotros, de la tiranía
Está el puñal sangriento levantado.

Cuando llegaron al lugar de la ejecucion, se abrazaron unos á otros exclamando: “Vive la République!” El primero que subió al cadalso, fué Sillery; saludó con gravedad al pueblo, y recibió el golpe fatal con inalterable firmeza. Todos murieron con una resolucion digna de romanos; protestando hasta el postrer aliento cuanto amaban á la libertad y á la República [1].

Un jóven llamado Girey Dufocé fué llevado ante el tribunal revolucionario. Preguntóle el presidente si habia sido amigo de Brissot. “Tu-

[1] Lac. II, 95, 100. Th. V, 392. Nig. II, 204. Toul., IV, 115. Riouffe, 51, 52.

ve la felicidad de serlo, contestó: “¿Qué opinion habeis formado de él?” “Mi opinion es la de que vivió como Aristides y murió como Sidrey,” volvió á contestar con intrepidez el jóven. Inmediatamente se le mandó al cadalso donde recibió la muerte con la misma entereza que su difunto amigo (1).

Rabaud Saint Etienne, uno de los mas ilustrados y virtuosos de los diputados proscritos, se habia fugado de Paris poco despues del 2 de Junio. Cansado de andar errante por las provincias, volvió á la capital, y vivió en ella oculto en la casa de uno de aquellos amigos fieles de que presentó la Revolucion tantos ejemplos. Su muger, dominada por un tiernísimo afecto hacia él, velaba incesantemente por su vida. Un dia encontróse en la calle con un jacobino que la aseguró que tomaba el mayor interés por su marido, y le manifestó que deseaba darle asilo en su propia casa. Noticioso de esto Rabaud, y queriendo salvar á su generoso huesped del peligro que por él corria, dió aviso al jacobino del lugar donde estaba oculto, y le designó una hora de la noche para que viniera á buscarle. Aparecióse el pérfido acompañado de gendarmes, quienes arrastraron á la víctima, á su generoso huesped y á la muger de este ante el tribunal revolucionario, de donde fueron conducidos al cadalso [2].

Desesperada de haber sido la causa, aunque inocente, de traicion tamaña, la esposa de Ra-

[1] Lac., II, 100.

[2] Lac., II, 100.

baud, que se hallaba en la flor de su juventud, se dió la muerte.

Madama Roland fué la siguiente víctima inmolada. Desde muy temprano habíase comprendido á esta heroína en la proscripción de los girondinos, á quienes casi exclusivamente dominaba por medio de sus brillantísimos talentos. Habiendo sido confinada en la cárcel de la Abadía, empleó los penosos meses que permaneció en su cautiverio escribiendo las memorias que nos muestran los pormenores de su vida fecunda en sucesos. Con firme mano describió, en aquella mansion tenebrosa, las épocas de placer y de amargura de que se formara su existencia; los ensueños brillantes y el ardiente patriotismo de sus años juveniles; las escenas tempestuosas y fértiles en acontecimientos que presencié mas tarde, y el terror que la dominara y las angustias que padeció en el último período de sus dias. En medio de los padecimientos con que la afligiera el frenesí del pueblo, en los momentos de morir hecha víctima de la vehemencia de la muchedumbre, no se apartó ni por un instante de los principios que desde su juventud profesara, ni se arrepintió de ser mártir de la causa de la libertad. Aun cuando algunas veces, al acordarse de su hija y su marido, se deshacia en llanto, recobraba su entereza en todas las circunstancias solemnes. Las Memorias revelan una serenidad de alma imperturbable, aunque con frecuencia la hiciesen interrumpir sus tareas

Proceso de la señora Roland y su muerte.

clamores de los presos, á quienes sacaban los verdugos, de los calabozos contiguos al suyo, para conducirlos al cadalso [1].

El dia de su comparecencia ante el tribunal, estaba vestida con esquisito esmero, de blanco. Su hermoso cabello negro la bajaba en abundantes bucles á la cintura; este desórden, que daba realce á su belleza, era debido á sus carceleros que la habian privado de todos los medios de aderezarse. Eligió el color blanco para vestirse, para presentar con él un emblema de la pureza de sus sentimientos. Su defensor, que lo era M. Chaveau Lagarde, pasó á verla con el objeto de recibir sus últimas instrucciones; nuestra heroína, sacandose un anillo del dedo, djole; "Mañana ya no existo; muy bien sé la suerte que me espera; de nada me podrá servir vuestro bondadoso apoyo; por su medio os perjudicariais sin lograr salvarme, y de consiguiente os ruego que no comparezcáis ante el tribunal, y que acepteis esto como última muestra de mi consideracion hácia vos." Su defensa, que ella misma compuso, la noche antes que se pronunciase su sentencia, es uno de los mas elocuentes y patéticos monumentos que la revolucion ofrece. Las contestaciones que daba á las preguntas de sus jueces, la dignidad de su continente y la belleza de su figura, hicieron derramar copioso llanto hasta á los frenéticos revolucionarios que habia entre los concurrentes.

Conducta generosa que observó.

[1] Riouffe, 56, 57. Lac., II, 100. Roland, I, 97.

Viendo el tribunal que no encontraba mérito para decretar la sentencia, preguntóle el presidente si sabia á qué lugar se habia retirado su mando, y contestó que "aun cuando lo supiese no lo diria; y que no existia ley que la obligase á violar, ante un tribunal de cualquier genero que fuese, los afectos mas fuertes de la naturaleza." Oido esto, condenosela desde luego á muerte. Cuando se hubo dado fin á la lectura de su sentencia, levantóse y dijo; "Ya que me juzgais digna de participar de la suerte de los hombres ilustres á quienes habeis asesinado, procuraré imitar la entereza que ostentaron en el cadalso." Volvióse á su prision con ágil paso y alhagüeno rostro. Parecia tener entregada enteramente su alma á los heroicos sentimientos que la animaban. [1]

Condujosela al cadalso en la misma carreta en que iba un hombre que no poseia su entereza. Al atravesar por las calles, observósele el mayor anhelo por alentarle. Hacia esto con tanta sencillez y con tan buen efecto, que varias veces logró ver sonreir al que marchaba á morir con ella. Al llegar al punto de la ejecucion, inclinóse ante la gigantesca estatua de la libertad, y pronunció aquellas memorables palabras de "Oh libertad! ¡qué de crímenes se perpetran en tu nombre!" Cuando llegaron al pie del cadalso, tuvo la generosidad de renunciar, en favor de su compañero, el privilegio de morir primero.

(1) Roland, I, 40, 41, 48. II, 439. App. Q., p. 425. Riouff, 87.

"Subid vos antes," dijo; "pueda yo siquiera ahorraros el tormento de que veais correr mi sangre." Volviéndose entonces al verdugo, preguntóle si la seria permitido hacer este convenio, y contestóle "que la orden era de que ella habia de ser la primera que muriese. "No podreis," replicóle ella sonriendo, "estoy segura, rehusaros á la última suplica de una muger." Sin que la demudara el espectáculo que inmediatamente se siguió, inclinó con serenidad hacia la guillotina su cuello, y murió con la tranquilidad que durante su prision desplegara. [1]

Madama Roland habia predicho que su marido no la sobreviviria mucho tiempo; no tardó en cumplirse su profecía.

Pocos dias despues encontróse muerto en el camino de Paris á Ruan; atravesóse con su espada en aquel sitio, con el fin de que no se pudiese descubrir á los generosos amigos que le habian dado asilo en su infortunio. Encontrósele en el bolsillo una carta que estaba concebida en estos términos: "Quien quiera que seas, ¡oh transeunte! que encuentres mi cadáver, respeta los restos de un infortunado; son los de un hombre que toda su vida dedicó á ser útil á su patria, y que murió como habia vivido, virtuoso y sin mancilla. ¡Ojala en lo sucesivo adopten mis conciudadanos, sentimientos mas humanos que los que hoy profesan! No el temor, sino la indignacion, me hizo abandonar mi retiro cuando el asesinato cometido en mi muger llegó

(1) Roland, I, 43, 44. Lac., X, 278.

á mi noticia. Inspiróme aversion un mundo que está manchado de tantos crímenes." [1]

Los demas gefes del partido se dispersaron en las provincias, corrieron innumerables riesgos y salvaron sus vidas por medios mas portentosos que aquellos de que suelen hablarnos las novelas. Louvet debió su salvacion al leal cariño de una muger. Barbaroux, Buzot, Petion y Valazé fueron ocultados en una caverna de Saint Emelion por una hermana de Guadet. Pocos fueron los que lograron sustraerse de las empeñosas pesquisas de los jacobinos; [2] sus memorias ostentan una prueba notable de la indignacion que inspira á las almas entusiastas y virtuosas el triunfo de una ambicion punible.

Hé aquí como se estinguió el partido de la Gironda, que si bien fué nocivo por sus medidas, y culpable por su imprudencia, fué distinguido por sus talentos, y al caer se cubrió de gloria. Comprendió en su seno á todos aquellos varones que eran filántropos por sentimientos, ó republicanos por principios; ostentábanse en él la entereza, la humanidad y la benevolencia. Empero tambien figuraron en sus filas otros hombres de mas bajo temple; muchos hubo que hicieron uso de su ingenio para satisfacer su ambicion, y que pospusieron el bienestar de su pais á la elevacion de su partido. Vino abajo esta faccion á los esfuerzos de otra que constaba de hombres

(1) Roland, I, 45, 46. Lac., X, 278.

(2) Memorias de Buzot, Louvet y Barbaroux. Lac. X. 280.

vulgares, pero de un carácter mas resuelto; que tenian sentimientos menos rectos, pero que estaban mas instruidos en la maldad práctica. Aun cuando se hallaba adornada de brillantísimos talentos, aun cuando se apoyaba en una vigorosa elocuencia, y obraba las mas veces impelida por las mas nobles intenciones, sucumbió víctima de un bando vil y despreciable; sucumbió á manos de hombres pertenecientes á la hez del populacho, y dominados por una ambicion criminal y egoista. Tal fué siempre, y en todas épocas será, el resultado de las convulsiones revolucionarias que se operen en la sociedad, cuando no las hagan desde sus principios una vigorosa oposicion las altas clases del estado, firmemente unidas. En toda lucha que se trabaje entre opuestas facciones, veráse con frecuencia á los hombres virtuosos y moderados ser víctimas de los depravados y audaces; la prudencia de aquellos es un obstáculo que se opone á sus empresas, la virtud sirve de freno á su ambicion y la humanidad paraliza sus esfuerzos. Sucumben porque se retraen de la violencia, que se vuelve, en épocas calamitosas, un medio esencial de obtener buen éxito en las revoluciones.

Los principios que profesaba aquel partido ilustre, hacíanle poco á propósito para tomar una parte enérgica ó fructuosa en los negocios públicos. La aversion que tenia á todo acto violento, el horror que la efusion de sangre le inspiraba, haciale absolutamente incapaz de lidiar con sus sanguinarios antagonistas. Mejor quisie-